

Reflexiones

Padre Nicolás Schwizer

Año 19 - N° 292 - 01 de setiembre de 2025

Natividad de María

La Liturgia no acostumbra celebrar el nacimiento terreno de los santos – la única excepción es San Juan Bautista. Celebra, en cambio, el día de la muerte, día del nacimiento para el cielo.

Por el contrario, cuando se trata de la Sma. Virgen. Aparece claramente el paralelismo entre Ella y su Hijo Jesucristo. De los dos, la Iglesia celebra con fiestas propias, su concepción, su nacimiento y su vuelta a la Casa del Padre.

Tenemos que ver la Natividad de María en el contexto del pecado original. En aquel momento, Dios prometió la llegada de una Mujer, contrapuesta a la serpiente tentadora: *“Pongo hostilidad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo: él herirá tu cabeza cuando tú hieras su talón.”* (Gen 3,15) Al nacer María, comenzó a cumplirse esta promesa. Porque Ella es la Virgen Madre que da a luz un Hijo que será el Salvador del mundo. Porque Ella es la Colaboradora de Aquel que conseguiría la victoria definitiva sobre la serpiente infernal. Por eso, María es la nueva Eva, es decir, la Madre de la vida y Madre de los vivientes.

Y así se inició, con el nacimiento de la Virgen, la plenitud de los tiempos. Con ello, Dios daba al mundo como la garantía concreta de que la salvación ya estaba inminente.

Luego en la hora que cambia la vida de María, y que cambia la historia del mundo. Dios le pide ser Madre de su Hijo. Y en este momento nace su primer amor, el gran amor de toda su vida: el amor a su Hijo Jesucristo. Decidida y alegremente acepta su nueva misión, diciendo su: *“Fiat, Hágase en mí según tu palabra”*.

Ella como mujer es madre y virgen. Eso vale para toda mujer, independiente de su estado de vida. También la mujer casada debe ser no sólo madre sino también virgen. Maternidad y virginidad se condicionan para la fecundidad plena del alma femenina. Por eso, una auténtica mujer y madre debe cultivar ambos principios.

Por todo eso la festividad de la Natividad de María es una invitación a la profunda alegría. Toda la creación se alegra y goza con el nacimiento de María.

Y a lo largo de los siglos, los cristianos han expresado con mucho simbolismo y creatividad su júbilo y regocijo. Si Jesucristo es la luz y el sol de justicia, entonces María es:

- La aurora y la estrella que anuncia el sol,
- El regazo de la encarnación divina.
- El preludio y la esperanza de salvación,
- La puerta virginal a través de la cual Dios hizo su entrada en la tierra.

Pero no sólo la creación se alegra con la fiesta de la Natividad de María. No sé si podemos imaginarnos como el mismo Dios se regocija con el nacimiento de María. Allí está la nueva creatura del paraíso, la nueva Eva tal como Dios la pensaba en su proyecto original de la creación. Ella es la culminación, la corona de todo lo creado, la obra maestra del Padre:

- La Virgen más hermosa y más pura,
- la Hija más querida y más anhelada,
- la Madre más amorosa y más santa.

María tendrá en su vida el carisma especial para acercarnos a Dios Padre, para abrirnos su corazón. En toda familia es la madre la que ayuda a los hijos a conocer a su padre. Igual sucede en la Familia de Dios: María nos regala una especial sensibilidad de hijos. Y ésta nos permite descubrir el verdadero rostro del Padre tal como resplandece reflejado en Jesús Buen Pastor.

Queridos hermanos, ¡Alegrémonos todos, unidos con Dios y con la creación entera de este día de júbilo y fiesta, de este día en que recordamos el nacimiento de María, Madre de Jesús y Madre nuestra!